



CEIP MANUEL PORTALES GARRIDO

TERTULIA LITERARIA

AUTOR: Miguel Delibes

Texto: “El príncipe destronado”

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Mamá. —Un clavo —se lo alargó—; toma, para que no se pinche Cris. Pero Mamá contaba los puntos y murmuró: “Un momento” y mientras Mamá producía un bisbiseo como el de las viejas al rezar, Quico sintió las ganas y cruzó las piernas y se sofocó todo y cuando Mamá le dijo: “Trae”, él respondió: “¿Cuál?” y Mamá levantó los ojos y dijo: “la punta, ¿dónde la has puesto?” Y entonces le vio congestionado y levantó la voz: “¿Dónde has puesto la punta? ¿Te la has tragado?” Quico asintió, sin valor para contradecirla. Mamá se levantó y le cogió la cabeza con las dos manos: —Vamos, habla, ¿te has tragado la punta? —Sí —dijo Quico tímidamente. —Levanta, ¡anda, levanta! —chilló Mamá y Juan dejó el álbum sobre la mesita enana y miró envidiosamente para su hermano, mientras Mamá buscaba por la mesa, y por el sillón, y por el suelo y decía: “¡Dios mío, Dios mío, qué chico! Es de la piel de Barrabás”. Y levantaba la alfombra y le dijo a Juan: “Ayúdame”, y los dos se pusieron a revolver todo. “No está, no está en ninguna parte —dijo Mamá—, ¿será posible?” Le incorporó y le cogió por la cintura agachándose: —¿Te la has tragado, verdad que sí? Quico asintió. Añadió Mamá toda alborotada: —¡Dios santo, qué disgusto! —Volvía a mirar bajo el sillón, en la mesita enana—: Si hace un momento la tenía en la mano; el niño la tenía en la mano y me la quiso dar. Mamá estaba a punto de llorar. Quico marchó a la cocina y al empinarse y abrir la puerta oyó la voz sollozante de la señora Marquesa: —¡Hija, hija mía! La Vítora se sonó: —¿Qué le dije? La Domi se llevó el pañuelo a los ojos. Quico se plantó en el centro de la cocina y dijo: —¡Me he tragado una punta! Mamá entró tras él, descompuesta, de forma que todo lo que no era de ella —el rímel, el colorete, el rojo de los labios, la laca rosada de las uñas— resaltaba sobre su palidez de cera. La Domi dio

un brinco, agarró a Quico de un brazo y le zarandeó: —Esto es más malo que un dolor. ¿Es cierto eso, señora? Mamá apenas tenía voz: —Déjele —dijo—. Yo he tenido la culpa. —¡Virgen! —dijo la Vítora. Pero Mamá iba de un sitio a otro, desconcertada, se puso un zapato y corrió al teléfono. Colgó antes de hablar. Juan la seguía. La Vítora, inclinada sobre Quico, le decía: —¿Te pincha?

—Sí. —¿Dónde te pincha, hijo? —Aquí. —Quico se señalaba la boca. Mamá dejó el teléfono. Le puso cuidadosamente la mano en el estómago. —¿Aquí o aquí? —preguntó desfondada. Quico apuntó el estómago, sobre la mano de Mamá: —Aquí —dijo. —Dios mío, Dios mío —dijo Mamá. Volvió a agarrar el auricular. Le dijo a la Domi—: Tráigame los zapatos bajos. Y, luego, “sí... sí... ya... una punta... ahora mismo... Quico... grande más bien... no, roñosa, no... un descuido... ya... sí, sí... dice que le pincha... estoy aterrada, Emilio... no, no él no sabe nada... ¿ahora?... dos minutos... Gracias, Emilio... sí, sí... ya... ahora mismo... bueno... bueno... gracias..., Emilio”. Colgó el auricular. Quico la miraba con una sonrisa radiante. Juan le miraba a él y Quico se le encaró y le dijo: —Me he tragado una punta, Juan. —Ya —dijo Juan. Y Mamá corría desatinadamente y decía: “El abrigo de piel”. Y más tarde: “Vítora, llama al señor, que me mande el coche”. Y más tarde: “Lávale al niño las manos y las rodillas”. Y más tarde: “¿Te pincha mucho, hijo?” E iba de su dormitorio al cuarto de baño, del cuarto de baño a la cocina, de la cocina al dormitorio, del dormitorio al teléfono. La Vítora dijo: —Trae el coche Uvenceslao, señor; el señor no puede venir, tiene una junta. La Domi portaba a Cristina en brazos después de lavarle las manos y las rodillas a Quico y de ponerle el abrigo a cuadros y la caperuza roja. El transistor, en la cocina, decía: “Madre ¿y pensar que hemos vivido dos años una junto a la otra sin conocernos?” Pero no encontraba eco. Las manos de la Vítora tenían los dos dedos agarrotados, corvos como garras. Le dijo Quico, sonriendo: —Anda, Vito, me he tragado una punta. Ella se pasó el revés de la mano por la nariz. Dijo: —Dios quiera que no tengamos algo que lamentar. —Volvió la cabeza hacia el dormitorio—: ¿Le voy bajando, señora? —Sí. El “sí” de Mamá era algo patético, casi inaudible. Ya en la puerta de la calle, Quico se entretuvo viendo el desfile de motocicletas y automóviles. Cada vez que se detenían le decía a la Vítora: —Está rojo, ¿verdad, Vito? —Sí, majo; está rojo.

La gente marchaba con las solapas subidas, las manos en los bolsillos, a paso rápido. Pasó una mujer con un niño como de cinco años que berreaba. La mujer se detuvo junto a la puerta: —Mira, Angelín —le dijo—, mira qué niña más maja. La Vítora se sulfuró: —¡Es niño, para que lo sepa! La mujer se alejó murmurando y la Vítora dijo de pronto: —Ve ahí está el Uvenceslao. Condujo al niño hasta el automóvil. Mamá llegaba en ese momento. —Al médico —dijo—. De prisa. Cerró la portezuela. —Me he tragado una punta —dijo Quico. Uvenceslao volvió ligeramente la cabeza: —¿Que te has tragado una punta? Mamá se impacientó: —¿Por qué se detiene? —Está rojo, señora. En la esquina estaba la castañera y, en la otra esquina, Julianillo, en su kiosco forrado de revistas y de tebeos, donde Quico compraba sus juguetes de plástico cada domingo y, más allá, el Cacharro, en su carrito, pordioseando y, ya en la calle Mayor, la gente se apiñaba ante las taquillas del Teatro Quevedo, donde un gigantesco cartelón decía: ““La verbena de la Paloma””. Toda la gente parecía que fumaba y el coche tan pronto se llenaba de luz como se apagaba. El médico les esperaba ya con la bata puesta. Mamá se echó a llorar: —Estoy aterrada, Emilio —dijo—. Toda la culpa es mía. El médico tomó a Mamá delicadamente por el brazo: —Ten serenidad, bobita —dijo—. No será nada. Pasa. —¿Tú crees? —Ahora veremos. Se encerraron los tres en un minúsculo cuarto, con una lucecita roja en un rincón y un gran aparato de hierro y cristal, en el centro. Quico dijo: —Me he tragado una punta. —¿Estás seguro? —dijo el médico. —Sí. Mamá intervino: —Es seguro, Emilio; la tenía en la mano cuando miré y, al segundo, cuando le volví a mirar, ya no la tenía y estaba rojo como la grana. He revuelto la habitación de arriba a abajo y allí no había punta ni Dios que la fundó.

—Calma —dijo el médico—. Tranquilízate. ¿Te importa que fume? —¡Oh, no, por Dios! —Mamá revolvió en la cartera. Sacó un cigarrillo y se inclinó hacia el médico—: Dame lumbre a mí también, ¿quieres? El médico aproximó el mechero: —¡Oh, perdona! —dijo—. En seguida le veo. En unos minutos me acomodo. Quico reparó en el fantasma blanco bajo la luz roja, alzó los ojos y todo lo vio bajo un resplandor espectral. Inquirió: —¿Es el infierno? Agarró la mano de Mamá, de pie a su lado. —No, hijo. —¿No estarán los demonios detrás de eso? —apuntó al extraño artefacto de hierro y cristal. —Aquí no hay demonios —respondió Mamá. El fantasma observaba al niño atentamente. Dio una chupada al cigarrillo y, conforme expulsaba el humo, dijo: —Este niño es imaginativo, ¿verdad? Mamá rió

en corto, indecisa: —No sé... —dijo—. No sé qué decirte. Yo creo que, más o menos, como todos. El Fantasma blanquirrojo se agitó un momento: —Como todos, no —dijo—. Piensa demasiado y habla demasiado claro para su edad, ¿qué tiempo tiene? —Tres años —dijo Mamá—. En abril hará cuatro. —Ya ves —dijo el Fantasma. Quico oprimía la mano de Mamá que pateaba el suelo rítmicamente. El Fantasma fumó de nuevo y preguntó: —¿Estás nerviosa? Mamá rió otra vez en corto: —Si he de decirte la verdad, se me ahoga con un pelo. —¿Cómo era la punta: cinco centímetros, cuatro, tres, menos? Mamá elevó una mano en la penumbra rojiza: —Una cosa así; aproximadamente dos centímetros y medio, creo yo. El Fantasma arrojó la colilla a un cenicero de rincón. —Vamos a ver —dijo—, quítale la ropita. Eso no hace falta; levántaselo. Así —le empujó tras el cristal, conectó y surgió el zumbido—: Vamos a ver —repitió. Quico dijo a Mamá: —Dame la mano. La respiración de Mamá era muy agitada. El Fantasma murmuraba, con leves intermitencias: “Aquí no hay nada... nada... nada... ¿te hago daño, pequeño?... bueno nada —le oprimía el estómago y el vientre—: bueno... aquí tampoco... nada... no se ve nada... a ver... date la vuelta... ¿te hago daño?... tampoco... sí que es raro esto; un cuerpo extraño se acusa en seguida. —Le volvió de nuevo y, finalmente, dio la luz. Clavó en Quico sus gafas de montura negra y le dijo a Mamá—: Salvo que el clavo haya quedado horizontal, la punta hacia mí, no hay explicación posible. No se ve nada. —Dios mío —musitó Mamá. —No, bobita, no te preocupes. Estas cosas suelen resolverse solas. Que no se mueva mucho, en particular evita movimientos violentos, fútbol, saltos —jugueteaba con un bolígrafo azul—. Y, luego, que coma espárragos, puerros, pero enteros... —¿Las hebras también? —preguntó Mamá. —Eso es precisamente lo que quiero decir. La estopa envuelve la punta y protege el estómago y las paredes abdominales. Mamá denegaba con la cabeza, cada vez más descorazonada: —Lo intentaré, Emilio —dijo con desánimo—. Pero no tengo ninguna fe; las tragaderas de este niño son una calamidad. —Es necesario —dijo el Fantasma. Mamá continuaba moviendo la cabeza de un lado a otro y el Fantasma añadió: —Y con esas malas tragaderas que dices que tiene, ¿no tosió, ni se atragantó, ni le sobrevino una arcada cuando...? —Nada —corroboró Mamá—. Cuando le miré estaba congestionado, pero de arcadas y eso, nada. El Fantasma golpeó varias veces el hule verde de la mesa con la punta del bolígrafo. —Es extraño —dijo, y miró fija, obstinadamente a Quico—: Este chico es el anteúltimo, ¿no es cierto? —Sí.

—¿Qué edad tiene el pequeño? —Es niña, Cristina. —Es igual, ¿qué edad tiene? —Un año. El Fantasma hacía dibujitos caprichosos en un secante y sus labios se entreabrieron en una sonrisa. Quico dijo: —¿Pintas un tren? —Eso —dijo él—, un tren. —Y añadió—: De forma que durante dos años y medio éste ha sido el benjamín de la casa, ¿no es cierto? —Más o menos. Sobre la cabeza del Fantasma había un cuadro con muchas cabecitas guillotinas y, en un ángulo, decía: “Facultad de Medicina, 1939-1945”. A la izquierda había un calendario con una cunita, un niño dentro y a su lado un viejo barbudo y, al otro lado, un perro manchado, color canela, meditabundo. El Fantasma seguía sonriendo y Mamá dijo: —¿No irás tú también a sermonearme sobre esas tonterías de los complejos?

—No es eso, pero a todos nos duele dejar de ser protagonistas, no te quepa de ello la menor duda. —¿El príncipe destronado? —Exactamente —dijo el Fantasma—, tú lo has dicho. Eso no es una invención. Esa teoría no es una formulación caprichosa. El niño que durante años ha sido eje, al dejar de serlo se defiende; no se resigna; trata de llamar la atención sobre sí.

Fragmento seleccionado: Remedios Lovillo Ortega